

La guerra de las Malvinas de 1982: un conflicto inevitable que nunca debió haber ocurrido

La razón por la que este ensayo ha tardado tanto en aparecer no es meramente por indolencia del autor. Después de la primera inundación de libros y artículos aparecidos al terminar las hostilidades en las Malvinas con una derrota argentina en el campo de batalla, parecía razonable esperar que tarde o temprano se publicarían volúmenes de memorias escritos por los participantes argentinos o por filtraciones semi-oficiales a periodistas profesionales que harían crónicas con la historia desde el punto de vista argentino, en forma bastante convincente. Esto no ha ocurrido, aunque se rumorea en Buenos Aires que tanto Nicanor Costa Méndez, el Ministro de Relaciones Exteriores durante la guerra, como Eduardo Roca, embajador argentino ante las Naciones Unidas durante el conflicto, están a punto de publicar libros sobre sus roles en el episodio. Más curioso aún es el hecho de que ningún académico en Estados Unidos o Europa haya publicado un recuento comprehensivo del episodio. Vamos a tener que darnos por satisfechos con lo que tenemos —y no puedo decir que lo he leído todo.

Para manejar coherentemente tan vasta literatura sobre un tema tan complejo, me parece útil organizar el material en forma secuencial de acuerdo a diversos componentes o elementos explicativos: el desenlace de la crisis, con especial atención a las percepciones distintas de los principales participantes y el contexto en el cual las decisiones eran tomadas en cada país; los preparativos militares para la conducción misma de la guerra; las consecuencias estratégicas de la guerra; las implicaciones de la guerra para nuestra comprensión del sistema internacional; y cómo puede ser resuelto el conflicto en el futuro.

Antes de revisar sistemáticamente la literatura, permítaseme indicar mis preferencias entre los libros citados para aquellos que desean leer por su cuenta. La forma más sencilla de comprender el laberinto legal y diplomático que yace detrás del conflicto es a través del libro de Hoffman y Hoffman. Es fácil de leer, bien organizado, y nunca se desvía de su objetivo. Se apoya fuertemente en la in-

formación de Julius Goebel, continúa siendo la fuente básica después de casi sesenta años y recientemente fue reeditada por Yale University Press. El libro más completo y emocionante sobre las hostilidades es el de Hastings y Jenkins, que también sigue siendo el mejor análisis de contexto de la toma de decisiones del lado británico, a pesar de su estilo periodístico y la velocidad con que fue publicado. Por el lado argentino hay dos libros que vale la pena leer. Virginia Gamba, *El peón de la Reina*, es un excelente análisis de las políticas argentinas, estropeado sólo por su disposición a tomar a Costa Méndez por su valor nominal, algo que ningún otro observador hará. La mejor descripción de la guerra y del contexto político en el cual las decisiones eran tomadas es el libro de Cardoso, Kirschbaum y van der Kooy, un recuento serio, aunque algo dramatizado, escrito por tres periodistas que saben tanto de política exterior como la mayoría de los expertos. Mientras todavía no tenemos ningún análisis profesional a escala completa sobre la guerra, los capítulos de Alberto Coll (en el libro que editó con Arendt y en aquél con Roberto Russell) son los mejores que hayan aparecido hasta la fecha. A pesar de que ambos son piezas intelectuales preparadas para conferencias dictadas poco tiempo después de la guerra, son excelentes y estimularán la meditación del lector. Por supuesto, han habido recuentos oficiales, de Lord Franks por los británicos y del General Rottenbach por los argentinos, pero son recopilaciones áridas que sólo interesan a los especialistas. Finalmente, para aquéllos que quieren efectuar sus disertaciones doctorales sobre el tema, hay varias revisiones excelentes de la literatura, mucho más amplias que ésta. La mejor es el ensayo en dos partes publicado por el fallecido Roberto Etchepareborda en la *Revista Interamericana de Bibliografía*, un tributo a su energía y capacidad académica de organizar gran cantidad de información.

La guerra entre Gran Bretaña y Argentina por las Islas Malvinas fue extraña en varios aspectos. Todos los involucrados la vieron venir con meses de anticipación, y sin embargo nadie podía ni quería detenerla; el comienzo de las hostilidades era tan inevitable que me recuerda a la Primera Guerra Mundial. Nadie dudaba quién ganaría la fase militar de la disputa y, sin embargo, esa seguridad no ayudó a reducir el nivel de violencia ni a producir una alteración de la conducta de ninguna de las dos partes en el conflicto. Planificadores militares de todo el mundo observaron la batalla con un entusiasmo rayano en el gozo para comprobar el rendimiento de sus sofisticados sistemas de armamentos. El campo de batalla parecía tan lejano de los campos normales de conflictos internacionales que muchos observadores se sintieron ajenos a la lucha, fríamente no comprometidos de modo que las repercusiones inmediatas apenas se hicieron sentir fuera de la zona de guerra. Por supuesto, si

la guerra se hubiera arrastrado por más tiempo del que lo hizo, tal aislamiento geopolítico podría haberse derrumbado. En violento contraste con la guerra en Vietnam, la lucha misma sucedió fuera de cámara. En este caso fueron las maniobras diplomáticas las que se mostraron en las televisiones del mundo con una gran cantidad de negociaciones hechas frente a las cámaras. Debido a los equipos de televisión siempre presentes, ambos bandos beligerantes fueron expuestos manipulando la información dada a sus poblaciones a pesar de que sólo los líderes argentinos afirmaron estar ganando la guerra cuando las noticias disponibles al público indicaban lo contrario. Finalmente, el resultado de la lucha a esas alturas no beneficiaba a nadie, y una solución al conflicto subyacente puede estar tan lejos como siempre. Eso hace las pérdidas de vida aún más trágicas y sin sentido.

I

El trasfondo diplomático o histórico del conflicto es largo y complicado. Se han escrito cientos de libros y artículos sobre las múltiples reclamaciones sobre las islas, 99% de ellas reclamaciones argentinas tratando de demostrar que las islas eran, son y debieran ser argentinas, y que la ocupación de las islas por los británicos era y es ilegítima. Los británicos han estado perversamente desinteresados en la discusión legal; pero, entonces, eran los ocupantes del territorio. El artículo de Roberto Etchepareborda en la *Revista de Historia de América* efectúa un buen análisis de los trabajos principales. *Soberanía Argentina*, una descripción sólida y afectuosa de la isla fue publicado por la Universidad de La Plata en 1983. El estudio más convincente de la controversia sigue siendo el de Julius Goebel. El trabajo de Goebel es exhaustivo y su manejo de la evidencia es sensato. Los libros de Del Carril y Ferrer Vieyra son resúmenes de los mismos documentos y eventos. Dado el supremo esfuerzo de los eruditos argentinos, no debiera ser sorprendente que haya consenso entre aquellos que se han tomado el trabajo de revisar los antecedentes del conflicto en que los argumentos argentinos son superiores a los británicos. Lo que es más sorprendente es que oficiales británicos empezaron ya en 1910 a cuestionar la demanda del territorio por parte de su nación y a sugerir que se debiera encontrar alguna vía decorosa para entregársela a los argentinos. Peter Calvert es la excepción más clara a este consenso. Debo decir aquí que el Profesor Calvert le ha hecho un mal servicio a su reputación académica al escribir un libro lamentable. Su resumen de la historia y las políticas argentinas es vergonzoso.

Pero si la demanda argentina sobre las islas es superior a la británica, es, como dijo Carlos Escudé en una reciente serie de artícu-

los en el *Herald* de Buenos Aires, (noviembre 25 y 27, 1985), sólo un poco mejor. Escudé no estaba tratando de ningún modo de socavar las demandas argentinas. Simplemente quería recalcar que siempre ha sido materia de disputas y que no debieran haber sido causa para invadir las islas. Está ansioso de demostrar que la noción del derecho clara e inequívoca a las islas es uno de varios mitos que han nublado la percepción de los argentinos por años y que fue usada por el gobierno militar para justificar sus acciones. En realidad, casi todos los estudios sobre la disputa publicados por argentinos antes de 1982 reforzaron ese mito. Sólo en los últimos dos años los argentinos han sido lo suficientemente intrépidos y razonables como para insistir en la naturaleza relativa de las demandas argentinas.

Los tres tomos publicados por el Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI), que aborda los esfuerzos de las Naciones Unidas desde 1945 para llevar a los británicos a la mesa de negociaciones, son muestras típicas del esfuerzo argentino para ganar el argumento legal y diplomático solamente por mero volumen. La colección más completa de documentos en inglés es *The Falkland Islands Dispute in International Law and Politics*, de Rafael Perl (NY: Oceana Publications, 1983). Varios factores pueden quedar fuera de discusión a partir de estos estudios: los británicos tomaron las islas por la fuerza; la naturaleza del dominio argentino desalojado de tal manera fue, por lo menos, precaria; las islas no tenían población indígena; las islas han sido manejadas desde el siglo pasado por una empresa monopólica conocida como Falkland Islands Company; los argentinos nunca cesaron de protestar por la ocupación británica de las islas; el gobierno británico dudaba de la validez de sus demandas por las islas; después de 1930 el gobierno británico estaba convencido de que no le convenía quedarse con las islas y sentía que debía encontrar un modo de entregárselas a los argentinos; y, después de 1968, cuando la presión argentina sobre los británicos para negociar una solución a la disputa se volvió más intensa, la Falkland Islands Company formó una camarilla en Londres que tuvo éxito en frustrar todos los esfuerzos de la Cancillería británica para devolver las islas a los argentinos, haciendo parecer que el costo político de tal proceso sería mayor para el gobierno británico que no hacer nada.

A pesar de todas las energías derrochadas, los argumentos legalistas me parecen fatuos. Las reglas del juego internacional han sido tradicionalmente fijadas por los jugadores más grandes. Hasta que el principio de membresía universal empezó a transformar las Naciones Unidas después de 1960, el derecho internacional era un conjunto de reglas según las cuales las naciones principales del Oeste arreglaban los conflictos entre sí. Lo que se acostumbraba

llamar las leyes de civilización, o de naciones civilizadas, fueron reglas que legitimaron el control de los débiles por parte de los poderosos. En las décadas pasadas, debido a los conceptos de universalidad y de derechos igualitarios entre naciones, tamaño y poder no se traducen necesariamente hoy en día en la capacidad de una nación de forzar su voluntad fuera de sus fronteras. Sin embargo, no se puede decir que el derecho internacional se haya vuelto más fuerte. Los países han dado importancia al derecho internacional tanto por sus violaciones como por sus cumplimientos. En los últimos años los Estados Unidos, generalmente el patrocinador más vehemente de principios y derechos en su política exterior, rechazó aceptar la jurisdicción de la Corte Internacional de Justicia en una disputa con Nicaragua, y la Unión Soviética rehusó reconocer la jurisdicción de la Corte en la invasión de Afganistán. Por supuesto, necesitamos reglas de conducta, generalmente aceptadas para guiar el comportamiento de los estados; y estoy preparado para aceptar la afirmación de varios autores en la colección Coll y Arend de que la violación de esas reglas por parte de Argentina contribuyó al fracaso del apoyo de los países del Tercer Mundo a la causa argentina, pero esos mismos autores admiten que el episodio entero demostró una vez más cuán inefectivas son las organizaciones internacionales en prevenir y detener hostilidades cuando los grandes poderes no están de acuerdo. Conuerdo con Escudé en que una solución a la disputa sobre las Malvinas vendrá a través de apelaciones pragmáticas a los intereses políticos.

II

Como estudio sobre manejo de crisis, el conflicto de las Malvinas es una pesadilla. Es difícil imaginar tantos errores de juicio efectuados por tantas personas. Victoria Gamba hace un excelente trabajo explicando la secuencia de la toma de decisión argentina en su primer libro (*El peón de la Reina*), y agrega a ello en su segundo libro (*Estrategia . . .*), un buen análisis de los acontecimientos por el lado británico y norteamericano. La doctora Gamba es una excelente académica entrenada en Cran Bretaña, que disfruta de acceso especial a militares y civiles que toman las decisiones y que fueron y son los responsables de concebir las políticas argentinas. Escribe en un estilo claro y vigoroso y hace que los conceptos difíciles de análisis estratégico sean accesibles a los no especialistas. El libro de Cardoso, Kirschbaum y van der Kooy también es un espléndido resumen de la formulación de las políticas argentinas. Los autores se esfuerzan quizás demasiado para encontrar escándalo y villanos, pero su profesionalismo los salva de excesos. Dentro de todo adoptan una posición extraordinariamente independiente e hilan una narra-

tiva que se mantiene a la luz de informaciones posteriores hechas públicas desde que apareció su libro. El sutil análisis de Cardoso sobre asuntos internacionales puede ser encontrado cada semana en *Clarín*. En violento contraste el artículo de García Lupo es un pastiche trivial. Hay muchas pistas oscuras sobre secretos villanos, pero no hay solidez para apoyar ninguna de las acusaciones veladas. El libro es una recopilación deshilvanada de artículos de periódicos.

Todo el mundo concuerda en que los líderes argentinos interpretaron o calcularon muy mal el nacionalismo y la resolución británica, y entraron a la crisis firmemente convencidos de que no montarían, o no podrían montar, una respuesta militar a la invasión suficiente para desalojar a las tropas argentinas sin pérdidas militares inaceptables. Tan convencidos estaban de esto que nunca formularon, y mucho menos implementaron, planes para defender las islas contra tal respuesta. Hasta el mismo final, la Junta se mostraba anonadada por el hecho de que la flota británica se hubiera molestado en venir todo el camino hasta el Atlántico Sur. El fracaso de la Junta para juzgar la respuesta británica correctamente fue una función de la naturaleza del régimen y la calidad de sus consejeros. Como he explicado anteriormente < en Joseph Tulchin y Heraldo Muñoz, (eds.), *Latin American Nations in World Politics* (Boulder: Westview, 1984) >, la Junta nunca estuvo abierta a las múltiples corrientes de información u opinión. Sus estructuras de toma de decisión eran severamente restringidas, y la prensa estaba autocensurada, de modo que no había acceso a información que pudiera no ser agradable a la Junta. Por su aislamiento político, sus miembros recibían consejos de novatos y no tomaban ninguna medida sistemática para verificarlos. No se molestaban en revisarlos, porque tendían a reforzar su visión del mundo. Creían firmemente que habían guiado a su nación a una nueva y prominente posición en los asuntos mundiales, que su firme anticomunismo y su voluntad de pelear la causa anticomunista en América Central les había ganado un lugar entre los principales actores mundiales, y que sus puntos de vista, sus intereses, y sus acciones serían seriamente considerados por otros actores principales y su liderazgo aceptado por otras naciones latinoamericanas. Eran apoyados en esa visión por el hombre a quien habían designado para liderar su Ministerio de Relaciones Exteriores en esta crisis, Nicanor Costa Méndez, quien los convenció que entendía a los británicos, los americanos y las relaciones internacionales. Al final, reveló que no entendía a ninguno de ellos y queda como uno de los más errados, a pesar de los esfuerzos de Virginia Gamba por defenderlo. El libro de Cardoso, et al., es especialmente bueno en describir las ilusiones de grandeza de los miembros de la Junta y su aislamiento de cualquier discusión de sucesos mundiales.

Una fuente de estos crasos errores es que la totalidad de los líderes con poder de decisión eran notablemente ignorantes acerca del sistema político norteamericano y de cómo eran tomadas las decisiones allí.

Ese error los llevó a interpretar algunos descuidados comentarios del Asistente Legislativo del Senador Jesse Helms y de Vernon Walters, como rigurosas afirmaciones por parte del Gobierno de los Estados Unidos que, a cambio de apoyo a América Central, ellos apoyarían los esfuerzos argentinos por recuperar a las Malvinas, aunque fuera necesario usar la fuerza, y que los Estados Unidos se asegurarían de que los británicos no tuvieran una reacción exagerada. Cuando le pregunté a los argentinos participantes de esas cruciales reuniones si habían entendido dónde encajaban los mensajeros en el complejo diseño de la toma de decisiones y qué influencia se podía esperar que tuvieran en la formulación de políticas, sus respuestas indicaron que veían a los Estados Unidos como un actor unitario cuyos voceros pronunciaban declaraciones inequívocas como si fueran las palabras de un ser antropomórfico. Oían lo que querían oír y no permitían que la realidad alterara sus visiones.

Por supuesto, los británicos no están libres de culpa en la escalada hacia el conflicto. A pesar del encubrimiento oficial realizado por el comité de consejeros privados liderados por Lord Franks <*Falkland Islands Review: Report of a Committee of Privy Counsellors* (Londres: HMSO, 1983)>, virtualmente todos los observadores concuerdan en que hubo fallas significativas de información en el lado británico y que el error principal de los líderes británicos fue simplemente ignorancia de los antecedentes de la disputa y de la importancia que los argentinos le atribuían. Inclusive servidores públicos de mayor antigüedad en el Ministerio de Relaciones Exteriores subestimaron la seriedad del propósito argentino en los últimos años de estériles negociaciones y nunca aplicaron mucha presión a sus jefes políticos en el gobierno para forzar un arreglo en la Cámara de los Comunes. En todos los casos de casi-arreglos o de una proposición para un arreglo posterior a 1968, la camarilla de las Falklands intimidaron al Ministerio de Relaciones Exteriores y convencieron al gobierno para que retrocediera en vez de arriesgar una tormenta en la Cámara de los Comunes. Los burócratas de la política exterior nunca pusieron condiciones más duras porque no estaban convencidos ellos mismos de que los argentinos hicieran algo más que hablar. Mal interpretaron seriamente las señales de Buenos Aires en los dos años anteriores al estallido de las hostilidades y fueron pecuialmente ingenuos al no ver cómo los argentinos interpretarían los signos que ellos habían estado enviando con respecto a la actitud británica hacia el conflicto y la respuesta más probable a un acto de agresión. El libro de Hastings y Jenkins es

bastante claro en sus juicios sobre el lado británico, aún sobrio en su juicio; y, nuevamente parece que Virginia Gamba lo hizo bien en su análisis (*Estrategia* ...). En vista de la baja prioridad dada a las islas y a toda la región por los gobiernos británicos, queda la pregunta de si cualquier gobierno hubiera hecho algo diferente, aún habiendo calibrado correctamente el alcance del fervor argentino y la extensión de sus posibles acciones.

El ensayo de Robert Burns, uno de los participantes del lado británico, es un bello argumento para el análisis sistemático de las situaciones de política exterior por parte de los que toman las decisiones y es un llamado para un mayor uso de la teoría en la definición de la práctica. Burns sugiere que, de haberse comprometido los británicos en cualquier reflexión sistemática de la situación del Atlántico Sur, se hubieran dado cuenta de que estaban mandando señales a los argentinos que probablemente iban a ser leídas exactamente como los argentinos las estaban leyendo, y que el gobierno estaba tomando una serie de decisiones implícitamente, como un resultado de la presión de la camarilla de las Falklands, que no hubieran tomado en forma explícita. El ensayo de Burns es una pieza maravillosa, seca, tranquila y urbana. Sólo me pregunto si hubiera resultado del modo que él sugiere. Parece tan obvio, tan fácil.

La victoria hace maravillas para evitar recriminaciones domésticas, pero los británicos han tenido algunas. Tom Dalyell, un miembro laborista de la Cámara de los Comunes, luchó valientemente para bloquear el curso temerario hacia la guerra de Margaret Thatcher, y usó cada recurso parlamentario conocido para traer a luz información sobre el proceso de toma de decisiones en un intento de forzar a la Primer Ministro a buscar una solución diplomática al conflicto. Estuvo particularmente indignado por el hundimiento del *Belgrano*, el cual, en ese momento y desde entonces, ha sido visto por la mayoría de los observadores como un episodio acaecido precisamente en el momento en que los esfuerzos diplomáticos del Presidente peruano Fernando Belaúnde estaban al borde del éxito (*Thatcher's Torpedo*). Un libro posterior <Arthur Gavshon y Desmond Rice, *The Sinking of the Belgrano* (Londres: Secker y Warburg, 1984)> llega virtualmente a la misma conclusión. Las críticas más reveladoras de Dalyell están dirigidas a sus propios colegas laboristas, quienes trataron de ser más patriotas que Thatcher en su apoyo del uso de la fuerza (*One Man's Falklands* ...). Las opiniones reunidas por Cecil Woolf y Jean Moorcroft Wilson muestran lo mismo, que la mayoría de los británicos eran reticentes a criticar a su gobierno en forma pública durante el conflicto por miedo a hacer fracasar el esfuerzo. Una vez que las hostilidades habían cesado, las críticas salieron del armario. Tanto *Latin American Review* como *Latin American Newsletters* produjeron números que eran muy

críticos al gobierno británico. El primero trató de definir una posición a favor de la izquierda política, pero sólo logró una débil declaración de que en todas partes se cuecen habas, que no explica por qué Dalyell aparece luchando solo para detener la campaña de guerra de la Thatcher. Hay dos comentarios en la colección Woolf y Moorcroft Wilson que vale la pena citar. Brigid Brophy dijo que, "Hay una razón por la cual la Fuerza de Tareas debiera navegar al archipiélago de las Falklands, esa es, proteger a su población indígena de ballenas, peces y aves, junto con su clase-esclava de ovejas importadas y explotadas, de ser asesinadas" (p. 20). Penelope Giliatt tomó un enfoque más meditativo: "Una isla (Falkland) es un pequeño trozo de tierra totalmente rodeado de consejos" (p. 44).

Mientras sería una exageración decir que los Estados Unidos jugaron un papel insignificante en la escalada al conflicto, es muy cierto que este país no jugó un papel prominente. Argentina nunca había sido una aliada cercana a los Estados Unidos y la política de ambos países había parecido muchas veces desincronizada mutuamente. Las disputas dentro de la administración, especialmente entre la Embajadora ante las Naciones Unidas Jeanne Kirkpatrick y el Secretario de Estado Alexander Haig, no ayudaban, y nadie se benefició con la charada del agotador ir y venir de Haig de Washington a Buenos Aires a Londres y vuelta de nuevo. Nadie, excepto quizás algunos pocos líderes argentinos, obsesionados por lo que Vernon Walters pudo haberles dicho, dudaba de que cuando las cosas se pusieran más serias, los Estados Unidos tomarían el lado británico y que los argentinos estaban condenados a perder. David Gompert, quien acompañó a Haig en su misión, lo resume bien: "Reveló un juicio extraordinariamente pobre invadir las Falklands, y es poco probable que vuelva a suceder. Pero la furia en Argentina no se irá. Si lo que causó la guerra fue frustración y mal cálculo, la rigidez aseguraba que seguiría su curso militar lógico" (Coll y Arend, 108-9). Los líderes norteamericanos pudieron haber jugado un papel constructivo al interpretar a los combatientes potenciales entre sí, pero los Estados Unidos nunca han entendido muy bien a Argentina y los eventos en la región no han tenido mayor prioridad en Washington que la que han tenido en Londres.

III

Cuando se trata de describir lo que sucedió durante la guerra, los británicos son los mejores. Hastings y Jenkins han armado una narración fascinante que se mueve a un ritmo rápido, mientras suministra detalles más que suficientes para satisfacer al lector medio. Han hecho un trabajo magistral al combinar sus destrezas de análisis político en casa y de reportaje en el campo de batalla. El *Sun-*

day Times Insight Team también ha preparado un libro práctico, e incluso puede ser preferido por algunos lectores, porque no está coloreado por el tono superior, casi arrogante, que se desliza en algunas ocasiones en la prosa de Hastings y Jenkins. El libro de Dobson et al. está repleto de errores objetivos en tono superficial y agresivo. Es bastante triste leer un libro que representa hechos relatados que pretende ser una crónica de eventos que incitan a la emoción viril. Tal postura puede parecer aceptable en un documento de campaña o en un folleto de guerra, pero no en un libro que pretende ser serio.

Todos estos escritores comentan la ausencia de esfuerzos comparables por parte de colegas argentinos. Parte de la explicación para esta carencia tiene que ver con el hecho de que Argentina perdió. También es el resultado de cómo trataron los militares argentinos a la prensa. Siempre sospechosos de ésta, la Junta controló cuidadosamente el acceso de los medios a los soldados y usó sin cesar toda la información como propaganda. Tales esfuerzos no sólo enfatizaron la distinción entre democracias y dictaduras, que fue una táctica crítica de la estrategia de la Thatcher, sino que se volvieron visiblemente absurdos al descender los equipos de TV mundial en Buenos Aires y conducir entrevistas en vivo para beneficio de los programas noticiosos vespertinos en Nueva York y Londres. Como parecía obvio que la guerra estaba llegando a algún tipo de final inexorable con una derrota argentina, se logró que los esfuerzos del régimen por manipular información del campo de batalla parecieran patéticos y sólo elevaron el sentimiento de traición y amargura que embargaba al pueblo argentino cuando terminaron las hostilidades. Ese abuso del público y de la prensa contribuyó a la rapidez con la que el gobierno de Galtieri fue expulsado al final de la guerra.

La mayoría de los trabajos hechos por argentinos que tratan sobre la lucha han sido narraciones testimoniales deliberadamente fragmentadas, y libres de toda pretensión de análisis. Muchos de éstas son narraciones conmovedoras contadas en las propias palabras de los combatientes, como en *Malvinas a sangre y fuego*, de Kasanzew, desde el punto de vista del soldado de infantería que revelaba muchos aspectos de la falta de liderazgo y de las fallas logísticas que socavaron la lucha argentina, aspectos que serían vueltos a presentar en mayor detalle, pero sin una nueva comprensión, en el informe oficial publicado posteriormente por la comisión Rattenbach. Aún más conmovedoras son las series de entrevistas sobre la batalla a los jóvenes veteranos argentinos y que fueron recopiladas por Daniel Kon en *Los chicos de la guerra*, entrevistas que nos dicen tanto de los efectos de la guerra en los individuos que pelean, como de

las batallas en sí mismas. El libro de Kon ha sido convertido en una película y ha sido bien recibido en Buenos Aires.

Otro tipo de relato testimonial, quizás menos conmovedor pero igualmente fascinante por lo que dicen sobre la falta de coordinación en el lado argentino, son libros tales como los de Pablo Marcos Carballo, *Dios y los halcones*, y de Carlos M. Turolo, Jr., *Malvinas, testimonio de su gobernador*. El primero es la historia de la Fuerza Aérea argentina que voló misión tras misión contra la Fuerza de Tareas británica y que estuvo cerca, por sí misma, de elevar el costo de la misión a niveles inaceptables para los británicos. El libro, que está escrito en un tono que me recuerda a las viejas películas de John Wayne, no hace nada por disminuir el respeto que todo el mundo tiene por el heroísmo de los pilotos que volaron aviones, ni por refutar la aserción de muchos expertos militares de que la Fuerza Aérea nunca coordinó sus actividades con otras ramas de las Fuerzas Armadas. El segundo libro, el testimonio del gobernador militar argentino de las islas y el supuesto comandante de las Fuerzas Armadas ahí, es demasiado seco y cauteloso para agregar algo al debate, a pesar de que leyendo entre líneas es posible encontrar evidencias para los argumentos de que los argentinos no estaban preparados para la pelea que empezaron y que la estructura de mando se rompió bajo la presión. El general Menéndez está tratando de limpiar su nombre. Sin embargo, si bien aparece claro en su relato que no es culpable de malversación o de simple negligencia, no puede sostener que ha demostrado ninguna habilidad en particular ni éxito en la conducción de su deber. Su relato reafirma las acusaciones hechas por Kon y Kasanzew, de que los soldados no eran bien tratados en las Malvinas y que frecuentemente carecían de material que había disponible en la isla. Los soldados de infantería también fueron víctimas de una curiosa estrategia militar —de la falta de estrategia— en la cual sólo soldados profesionales, o comandos, eran enviados a detener al enemigo. Todos los conscriptos, la gran mayoría del ejército, fueron asignados a posiciones fijas en las trincheras y recibieron órdenes de esperar ahí. Sabían poco y nada sobre el desarrollo de la batalla hasta que el enemigo empezaba a aparecer en el horizonte. En aquellos momentos críticos, la falta de líderes con experiencia era notoria.

Los geopolíticos argentinos han empezado a opinar sobre la conducción de la guerra. La mayoría de sus escritos han aparecido en revistas altamente especializadas, tales como *Cruz del Sur*, *Boletín del Centro Naval*, y *Revista de la Escuela de Defensa Nacional* y probablemente no son asequibles al público en general. Una excepción es la serie de *Cuadernos* publicada bajo la dirección del General Teófilo Goyret en la revista *Arma y Geoestrategia*, que están elegante y profusamente ilustrados. Éstos acarrean el mensaje de

los militares argentinos de la heroica resistencia ofrecida por el ejército y el increíble heroísmo de las Fuerzas Especiales y la Fuerza Aérea. Esta resistencia y este heroísmo fueron mucho más grandes que lo que esperaban los británicos e hizo que fuera un encuentro parejo. Aún así, está claro en estos estudios, aunque nunca establecido tan francamente como en conversaciones privadas con miembros de las Fuerzas Armadas argentinas u otros especialistas, que los argentinos carecían de liderazgo en las islas, carecían de coordinación logística, que carecían de claridad táctica en el campo de batalla y, lo peor de todo, que nunca lograron coordinación entre los servicios armados. No llevaron las armas adecuadas para la campaña en las islas, nunca fueron capaces de instalar una infraestructura de comunicaciones como para librar una campaña exitosa y estaban, simplemente, desprevenidos para los acontecimientos. Esto fue parte de la negativa miopía de la Junta a creer que la guerra vendría. Es justo puntualizar que una vez que el Belgrano fue hundido, los argentinos no se atrevieron a reabastecer por barco las islas y fueron obligados a confiar en el transporte aéreo. Como resultado no pudieron poner artillería pesada en juego, lo que les costó caro.

La Fuerza Aérea se comportó en forma noble pero nunca coordinó sus esfuerzos como parte de una estrategia de campaña. Algunos de los expertos británicos y norteamericanos hacen notar, de acuerdo con algunos militares latinoamericanos con los que he hablado, que hubiera sido más efectivo si los pilotos hubieran lanzado sus ataques contra las fuerzas de desembarco en vez de los grandes buques británicos anclados en alta mar. En cuanto a la Marina argentina, después del hundimiento del Belgrano no participó. Esto es un trago particularmente amargo para muchos argentinos, ya que el representante naval en la Junta, el Almirante Anaya, es representado generalmente como el más beligerante de la Junta y el miembro más insistente en escalar el incidente de las Georgias del Sur y después en preparar la invasión misma.

En contraste, a pesar de que su ejecución distaba mucho de ser perfecta y sus líneas de abastecimiento eran peligrosamente delgadas, los británicos fueron claros en sus objetivos y profesionalmente eficientes en lograrlos.

Uno de los reclamos más amargos de los argentinos es contra la "traición" de los Estados Unidos y, más específicamente, tiene que ver con el apoyo material dado a los británicos durante el conflicto. Este argumento sostiene que un país pobre no podía pelear de ningún modo contra los dos poderes democráticos más fuertes del mundo, y que entender esto condujo a cierta actitud derrotista de parte de los líderes de la nación. Este argumento es difícil de sostener, y Virginia Gamba fue la única autora seria que llegó a implicar que tiene alguna validez. La mayoría de los líderes argentinos sabían

que los Estados Unidos no se inmiscuirían militarmente. Más aún, no hay evidencia de que la desilusión sentida por los líderes militares haya afectado la continuación de la guerra o siquiera de su estrategia militar. Por otro lado, para ser justo con los argentinos, es necesario rechazar afirmaciones de algunos comentaristas británicos (Colbert y Dobson son dos ejemplos), de que la ayuda norteamericana fue insignificante. Quizás no fue mucho en términos militares, pero fue vital para la causa británica. El uso de los satélites de inteligencia norteamericanos permitió a los británicos vigilar los movimientos de las naves de superficie argentinas. ¿Se hubiera aventurado la marina argentina a zarpar después que el Belgrano había sido hundido si los satélites norteamericanos no hubieran estado vigilando los movimientos de sus naves? No lo sabemos. El uso de la Isla Asunción ciertamente aceleró la llegada de la flota británica a la zona de guerra. De no haber llegado la flota cuando lo hizo, hubiera tenido que vérselas con el mal tiempo del Atlántico Sur y hubiera podido tener que alterar su plan de guerra.

IV

Sacar lecciones militares y estratégicas de la guerra de las Malvinas ha atraído a multitud de autores. Especialistas en asuntos militares han estudiado el conflicto con la fría atención a los detalles de un patólogo realizando una autopsia —esta arma funciona bien, esa no lo logró— y con el mismo desdén por la identidad del cadáver que es analizado. Varias cosas son chocantes sobre esta literatura. La mayoría de los autores están convencidos de que los barcos de superficie permanecerán y que las potencias mayores están equivocadas al cortar sus gastos en tales fuerzas. La guerra, para ellos, fue una clara muestra de que las democracias occidentales deben incrementar sus gastos de defensa. Y, sin embargo, los mismos expertos argumentan a favor de un acercamiento flexible al manejo de la crisis; que cada poder debiera tener a su disposición fuerzas que pueden ser movidas rápidamente a alejados puntos de crisis para enfrentar un conflicto mantenido dentro de los límites por medios geográficos o diplomáticos. En vez de aceptar la necesidad de elección o la fijación de prioridades entre varios objetivos, parecen decir que debemos gastar más para abordar todas las posibles contingencias. El libro de Koburger es la expresión más clara de lo que se podría llamar la propuesta neo-Mahan. Para él, la guerra fue casi fortuita por las lecciones que les enseñó a los Estados Unidos y a Gran Bretaña con respecto a las fuerzas navales. Es inquietante que Koburger nunca pregunte, ni aún desde la perspectiva de un marino, por qué los británicos querrían la posesión de las Malvinas y qué costos políticos o económicos podrían estar envueltos en su posesión.

El libro de Watson y Dunn es detallado y completo. A pesar de que editores y autores admiten que están examinando los sucesos desde la perspectiva norteamericana, es inquietante ver la guerra vuelta a presentar de este modo, sin prestar atención a las fuentes argentinas. Hubo un punto en el apéndice del libro que encontré bastante sorprendente —la alta proporción de bombas argentinas que nunca explotaron. ¿Qué hubiera pasado de haber explotado? ¿Por qué no explotaron? Virginia Gamba recoge este punto y me deja con la impresión de que cree que algunos de los líderes argentinos piensan que no explotaron porque eran defectuosas y que eso fue otro elemento de la traición de Estados Unidos. Uno de los analistas militares sugiere que pudo haber sido el resultado de haber lanzado las bombas muy bajas o muy cercanas al objetivo, una circunstancia forzada en los pilotos por su necesidad de volar al nivel de las olas para evitar los radares británicos y las patrullas de Harrier. La conclusión de Peter Dunn fue para mí sensata y atrayente después de leer a todos los expertos militares de salón —dijo que no había habido lecciones militares. Todo el material de alta tecnología había sido usado con anterioridad; soldados superiores y mandos superiores habían ganado anteriormente; la superioridad aérea había sido vital en otras oportunidades. La lección clave para él fue que la voluntad política de los británicos, junto con una cuidadosa coordinación entre los servicios, permitió la ejecución de una estrategia coherente. Unidas a los comentarios de líderes argentinos con respecto a la ausencia de tal coordinación y coherencia en el lado argentino, estas observaciones son profundamente convincentes. Extrañamente, falta una lección en todos estos libros, pero que está en el corazón de un delgado libro publicado por SIPRI: que la guerra fue un feroz estímulo para el armamentismo. Hacia fines de 1983, los argentinos habían reemplazado todas las armas que habían perdido en la batalla [Joseph Goldblat y Víctor Millán, *The Falklands/Malvinas conflict a spur to armas build-up* (Stockholm: SIPRI, 1983)].

Una de las consecuencias críticas de la guerra fue el golpe mortal asestado al régimen militar y la presión inexorable puesta en los militares para que devolvieran el gobierno a los civiles. Muchos de nosotros, a la distancia, estábamos tentados de decir que, quizás, aún con la terrible pérdida de vidas, la guerra había valido la pena porque libró a la nación de la dictadura que había tomado aún más vidas que aquellas tomadas por las armas británicas. La guerra, al exponer la lamentable falta de habilidad profesional de los militares, completó el proceso de desilusión pública que se había iniciado con la sangría de la guerra sucia y profundizado por el cada vez más obvio fracaso de los planes económicos altamente publicitados por el régimen y que había sido excusa para muchas de las duras medidas represivas de las sucesivas Juntas. Tan pronto había cesa-

do la lucha, el proceso de transición política comenzó. Pero ¿qué habían aprendido los militares argentinos de la guerra? y, ¿cómo encajaban la guerra en su experiencia de gobierno entre el período 1976-83?

La mayoría de los argentinos que escribieron inmediatamente después de los resultados desastrosos de la guerra, simplemente están contentos de ver que los militares dejan el poder. Estaban enojados y no cuestionaron la respuesta militar a la derrota; para ellos eran los militares los que habían sido derrotados, no el país. Sólo Cardoso et al. señaló que los militares dejaron el poder, no fueron forzados a dejarlo; cayeron, no fueron empujados. La oposición civil no había tenido tiempo de organizarse en grupos coherentes con políticas claras. Esto, fue obvio en los tempranos esfuerzos del gobierno de Alfonsín por juzgar a los miembros de la Junta por los crímenes cometidos durante la dictadura. El mal manejo de los esfuerzos de guerra fue dejado para ser juzgado por los mismos militares. En un reciente estudio, Carlos J. Moneta, quien ha estudiado detalladamente a los militares argentinos por más de una década, concluye que no parecen haber aprendido nada de su experiencia. No sólo están esperando con ansias la próxima campaña para liberar las Malvinas; también consideran que sus denominadas derrotas o errores políticos y económicos son solamente el resultado de no haber aplicado sus soluciones con la suficiente firmeza por largo tiempo. A juzgar por las entrevistas que tuvo Moneta con líderes militares en 1984 y 1985, su visión del mundo es tan miope como lo era en 1981 y 1982, y su falta de comprensión de los asuntos mundiales es tan pronunciada hoy como lo fue entonces. A pesar de que nunca es didáctico, los puntos de vista de Moneta están claros. Su ensayo constituye una lectura escalofriante. [Ver Moneta, con E. López y A. Romero, *La reforma militar* (Buenos Aires, 1985)].

Mientras la mayoría de los argentinos estaban contentos de dejar las implicaciones militares geopolíticas a los autores británicos y norteamericanos, han demostrado un intenso interés en las implicaciones de la guerra para el sistema internacional y para las relaciones interamericanas en particular. Tres trabajos principales que caen en esta categoría han llamado mi atención. Dos de ellos, el número especial de Estudios Internacionales y el volumen editado por Roberto Rusell son colecciones de ensayos de participantes del proyecto RIAL; mientras el tercero, de Juan Carlos Puig, es un extenso ensayo. El profesor Puig, quien ha enseñado en la última década en Venezuela, es un prolífero escritor de asuntos internacionales. En este libro analiza cuidadosamente la existencia de paradigmas mayores para el entendimiento del sistema internacional que dominan el pensamiento de las élites de la política exterior en Gran Bretaña y Argentina. Estos conceptos, argumenta convincentemente, guiaron

a ambos bandos a una serie de errores desastrosos que son detallados en los trabajos discutidos previamente. Resume los sistemas internacionales legales, políticos, económicos y culturales predominantes y explica las repercusiones de cada uno en la crisis de las Malvinas. Este es un libro fuertemente argumentado y muy claro que vale la pena leer. La conclusión, que Argentina debe alterar su obsesivo foco histórico en Europa Occidental y concentrarse más bien, tanto en términos políticos como económicos, en un mayor acercamiento con América Latina y el resto del Tercer Mundo, es compartida por la mayoría de los autores latinoamericanos cuyos trabajos están reunidos en otros libros criticados, pero la posición es más convincente en el ensayo de Puig.

Todos los especialistas latinoamericanos están convencidos de que el episodio demuestra de una vez por todas que el sistema interamericano no funciona, excepto para la conveniencia de Estados Unidos, y que la futura seguridad de América Latina sólo puede ser garantizada a través de una organización regional sin los Estados Unidos, de la integración económica de la región y de un nuevo orden económico. Esto puede ser cierto ¿pero es políticamente factible? Yo diría que algunos de los comentaristas son excesivamente optimistas al ver el episodio como una prueba para los latinoamericanos, de una vez por todas, de que no se pueden fiar de los Estados Unidos y que deben y, finalmente, van a juntarse por su propio beneficio y seguridad. Como una meta ardientemente deseada, esta posición escapa a toda recriminación. Como una descripción de la actual distribución de fuerzas en el hemisferio, lo encuentro tan ilusorio como la visión del mundo sostenida por el General Galtieri y sus colegas. Además de abogar por una mayor cooperación latinoamericana, lo que se señala en las colecciones de ensayos enfatiza que los regímenes autoritarios no pueden proteger los intereses nacionales de las naciones latinoamericanas: sólo los regímenes democráticos pueden, porque sólo estos últimos tienen legitimidad intrínseca. Los Estados Unidos no debieron interponer ideologías en su política exterior, porque pueden confundir a las naciones latinoamericanas; y los regímenes militares exacerban la vulnerabilidad externa de éstas. En este caso de la guerra de las Malvinas, la naturaleza del régimen argentino y su abominable record sobre los derechos humanos, ciertamente jugaron un papel importante en la renuencia de otras naciones del Tercer Mundo para apoyar la posición argentina en momentos cruciales en las Naciones Unidas o para salir en defensa de Argentina en cualquier momento durante la guerra.

V

¿Qué decir del futuro? ¿Resolvió algún problema internacional la

guerra de las Malvinas? Temo que la respuesta es negativa. El profundo sentimiento de legitimidad de los derechos argentinos sobre las islas permanece fuerte. El gobierno de Alfonsín empezó a argumentar la causa de su nación ante las Naciones Unidas casi tan pronto como llegó al poder. Pero tiempo después, el Ministro de Relaciones Exteriores, Dante Caputo, se reunió con diplomáticos británicos en Ginebra para tratar de establecer las bases para la renovación de la negociación bilateral que llevaría, en último caso, a la transferencia de las islas a la soberanía argentina. Pero los británicos no quieren jugar. Es demasiado pronto. La camarilla de las Falklands Islands Company es demasiado poderosa aún, lo suficientemente poderosa como para lanzar a los Comunes a una confusión a la menor mención de una posible solución pacífica a la disputa. En el intertanto, las más oscuras predicciones concernientes al costo exorbitante de mantención de una fortaleza en las Falklands para los británicos se han vuelto ciertas. Los mismos isleños se han ido desilusionando rápidamente. Se informa que el alcoholismo está creciendo rápidamente, la emigración ha llegado a proporciones significativas, y la depresión económica que ha dominado a las islas desde fines de los setenta está peor que nunca. No es una situación mantenible desde el punto de vista de los británicos. Un autor argentino, Haroldo Foulkes, en su compasivo e inteligente libro sobre los isleños, *Los Kelpers: en las Malvinas y en la Patagonia*, predice que una solución diplomática es inevitable, y que las islas serán transferidas pacíficamente a Argentina una vez que haya una combinación de un régimen democrático en Buenos Aires, un gobierno laborista en Londres y un gobierno demócrata en Washington. Sólo la primera de estas condiciones ha sido lograda, así que tendremos que esperar algunos años más.

El hecho de que muchos miembros de la élite militar argentina no hayan cambiado su visión del mundo como resultado de la guerra es causa de alarma. Por fortuna, los civiles participantes del proceso de toma de decisiones han cambiado la suya. Varios participantes han reconocido que su ignorancia del mundo y su visión miope de él contribuyeron directamente a la crisis. Desde el regreso de la democracia, no menos de cuatro centros de estudios de relaciones internacionales han empezado a trabajar en Buenos Aires. Más significativo es que conversen unos con otros. Deben contribuir a una discusión seria e informada de hechos al coleccionar información, examinar datos y proponer alternativas y opciones a un gobierno juramentado para abrir discusiones de políticas. Mientras el gobierno democrático no sea garantía de paz por sí mismo, ningún gobierno argentino, civil o militar, de izquierda, centro o derecha, va a estar dispuesto a relajar la presión sobre los británicos o a disminuir de ningún otro modo sus esfuerzos para ganar el control de las Malvi-

nas a través de negociaciones. Es de esperar que las expectativas para resoluciones pacíficas serán mejores con un gobierno democrático, con libertad de prensa y un acercamiento pluralista a las tomas de decisiones. Tal gobierno se beneficiará significativamente de la mejor calidad del discurso académico en cuestiones internas. La falta de tal discurso refuerza lo que Carlos Escudé denominó "Los mitos de la política exterior argentina". En una reciente conversación en uno de los nuevos centros para asuntos internacionales, el Instituto Torcuato Di Tella, el ex Ministro de Relaciones Exteriores, Oscar Camilión, insistió en que era hora de que los argentinos se vieran a sí mismos como los otros los ven a ellos, no para cambiar y volverse como los otros quieren, sino para que puedan formular una política exterior razonable que defienda sus intereses nacionales sin alienarlos de la comunidad internacional. De ese modo, y no a través de aventuras militares o de arrogancia, Argentina alcanzará el destino que ha sido prometido por tantos gobiernos diferentes en el siglo pasado.